

¿Qué es Colombia?: Colombia es Santander*

GERMAN ARCINIEGAS**

Se me solicita unas líneas de introducción al libro *Santander y el Estado de Derecho* que se entregará a la imprenta y que ha sido objeto de nuestras conversaciones. Lo espero con vivo interés. Por fortuna lo que por mucho tiempo un deliberado ignorar a Santander fue consigna de muchos colombianos, y todavía se reflejan en los propios textos de enseñanza, va desapareciendo. Renace ahora la historia de Colombia con publicaciones que registran su gigantesca creación civil, que paralela a la guerra de Independencia, la consolidación de la república fue obra que tuvo en el granadino su genio inspirador. Este fundamento de la nacionalidad, oscurecido por sus detractores en un siglo de literatura política, está descubriéndose. Usted como abogado que sabe moverse por el intrincado laberinto de las leyes, puede juzgar muy bien casos como los que colocaron al Libertador y a Santander en posiciones encontradas, o penetrar en los particulares del juicio promovido por Urdaneta para sacar de este mundo a Santander. Su libro será esclarecedor de muchos puntos. Usted como abogado sabe qué dice y por qué lo dice. Fundamenta sus afirmaciones. Al darle posesión como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia expresé: Horacio Gómez acumula documentos y sabe darles cierta frescura a sus estudios. Su tarea es meritoria y su laboriosidad ejemplar.

En cuanto al libro *Santander y el Estado de Derecho*, tiene importancia que lo haya escrito un jurista. Este trabajo contribuye a divulgar la gran figura de Francisco de Paula Santander. El autor

* Prólogo al libro *Santander y el Estado de Derecho* de Horacio Gómez Aristizábal.

** Escritor, periodista, profesor universitario, exministro de Educación Nacional, presidente de la Academia Colombiana de Historia.

presenta al Hombre de las Leyes, como un estadista sagaz, previsor y equilibrado, que le dió una severa organización política y jurídica a Colombia.

Hace un tiempo, algunos estudiantes de la Javeriana me invitaron a un debate sobre el tema más inusitado: ¿Qué es Colombia? Lo imprevisto del convite me obligó a reflexionar considerando que más que de una afirmación se trataba de una pregunta, tan simple como difícil de contestar. Acabé respondiendo con una definición que ellos encontraron justa y clara. Mi definición es ésta: Colombia es otra cosa. Si es así, ¿por qué somos distintos? Tenemos algo que nos individualice y defina? Si se me obliga a ir más lejos, reduciré a una las tres palabras de mi definición: Santander. En lo demás, nuestra historia y las ajenas tienen siempre algo de común. Con el nombre de las nueve letras ofrecemos lo propio y lo ejemplar. Hasta quienes hablan en peyorativo de Santander así lo entienden. Lo que falta por afirmar, a conciencia y con orgullo, es que ahí está la filosofía colombiana de la independencia. Colombia tuvo, como lo descubrió con ojo de águila Bolívar, un hombre de las leyes, a diferencia de un Sucre, un Páez, un Flores, y del propio Bolívar que de sí mismo dijo: "Soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo, o en un cuartel". Al mismo tiempo, Bolívar comprendió que independencia era algo más profundo que un cambio de hombres en el poder. A su empresa de sacar a los españoles del gobierno tendría que agregarse la organización de la república en una forma que él mismo no veía con toda claridad. La lógica ineludible lo llevó a trabajar con Santander, y de ahí la Gran Colombia. Lo más radical de la revolución americana, lo que la diferencia y la coloca en un nivel más alto que las revoluciones europeas, está en la independencia. Frente a una Europa imperial, surge una América republicana y libre. Dentro de la idea de independencia hay, eso sí, filosofías tan distintas como lo son las de Washington, el doctor Francia, Páez, Flores, Bolívar o Santander. Entre el por qué y el para qué de la independencia hay pluralidad de respuestas. La colombiana está en el encadenamiento del junio de Mutis, el marzo de Manuela Beltrán, el julio de Acevedo y Gómez, el agosto de Bolívar y el octubre de Santander.

La frase de Santander que vino a definir para siempre lo de las armas y las leyes estaba en el pensamiento de Bolívar en Cúcuta, cuando dijo, por una parte: "Yo soy el hijo de la guerra. . . La fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado". Y luego: "La ley ha señalado al vicepresidente de Colombia

para que sea el jefe del Estado, mientras yo soy soldado. El será justo, benéfico, diligente, incontrastable, digno conductor de Colombia". En rigor, Santander, fue tan fiel a esta filosofía, que en último término la siguió con más rigor que se propio maestro. En Cúcuta había dicho el Libertador: "Esta espada no puede servir para nada el día de la paz, y este debe ser el último de mi poder". La función del otro no tenía ese límite, y por eso dijo Santander para cerrar el cuaderno de sus memorias: "El último día de mi vida será el primero en que la Nueva Granada no me verá ocupado de su independencia, de su honor, de sus libertades".

Me he atrevido a hablar de una filosofía americana, porque estoy convencido que todo hombre tiene su propia filosofía, y arregla su conducta a las circunstancias de una patria. Lo mismo puede servir de guía a Platón su relación con Atenas, a Maquiavelo su relación con Florencia, a Hegel su relación con Prusia o a cualquiera de nosotros el pensamiento que van modelando en cada uno de nosotros las circunstancias de la vida americana. No hay que asustarse pensando que sólo quienes inventan palabras complicadas son los únicos que saben de filosofía o tienen una propia. Hasta los analfabetos del Socorro sabían más de su destino que los maestros de Heidelberg, incapaces de interpretarlos en el remoto ámbito de su vida rural. Montesquieu logró una sabia sistematización de la organización de los estados deslindando las funciones de tres poderes: el del príncipe o presidente encargado del ejecutivo, el de los que hacen las leyes, y el de los jueces. Esa lección nos sirvió para esclarecer un primer capítulo de la república. En la filosofía colombiana de la república hicimos, además, otro deslinde con Santander. El de otros dos poderes: el civil y el militar. Sería estupendo que esta filosofía nuestra sirviera de norma constante a las europeas, y desde luego, a los latinoamericanos. Son hallazgos que van surgiendo en el curso natural de los acontecimientos, como aquel del indio Juárez de México que sigue enseñándoles a los del Viejo Mundo todo lo que ellos ignoran en sus intervenciones: **El respeto al derecho ajeno es la paz.** Surgen así aforismos que todo lo recogen sacándole del propio escenario americano. Entre los maestros creadores del continente, uno que con su fórmula jurídica sobrepasa los límites de su tierra natal, de su nación colombiana, es el hombre que llegó a Bogotá el 7 de octubre para restaurar la libertad perdida. ¿Dónde están las dimensiones universales de Santander? En haber sido de todos los de la generación de la independencia quien sobresale como el más seguro y consciente del gobierno civil. Defiende el imperio de la ley con temerario valor y de ahí el

choque que lo enfrenta al mismo Libertador. El dramático abismo que se produce en el paso de la Gran Colombia a la república de Nueva Granada lo sorteó él con temeraria fe. A ninguno otro tocó jugar un papel tan atrevido en circunstancias semejantes. Con un aditamento que hace honor a las armas colombianas, más que las leyes mismas. Quien colocó la cartilla de la Constitución sobre la espada libertadora no fue un ciudadano receloso, fue un general que había conducido los ejércitos granadinos desde los atolladeros de Casanare hasta pasar, el primero el puente de Boyacá. No fue la Gran Colombia un eslabón perdido entre los muchos de la empresa libertadora, sino el eje de todas las batallas desde el Orinoco hasta la frontera Argentina. Tocó a Santander fijar el equilibrio de los dos poderes: La ley se impuso y honra a las armas de Colombia esa viril afirmación del general que se transforma en el gran ciudadano de América, maestro del derecho civil en la escuela republicana.

Era Santander, el 7 de octubre, el desterrado por las mezquindades que regresaba de Europa, restablecido en sus títulos militares y civiles. Se le había llamado para que volviera a ser primer magistrado. Se presentó a un Consejo de Estado como si fuera este parlamento, para jurar el cumplimiento de la constitución. Todos sabían que en ese hombre los juramentos eran para cumplirlos. El puesto que venía a ocupar era el de primer presidente en la nueva república nacida del destrozo provocado por los alzamientos de Páez y Flores. Avalaba su hoja de vida una experiencia única: haber sido administrador de otra república, la más extraordinaria que conocieron en todos los continentes aquellos tiempos de raras experiencias. Le escribió Bolívar entonces: "Cuanto más considero el gobierno de Usted, más me conformo en la idea de que usted es el héroe de la administración americana". Un aglosajón, David Bushnell, encontró tan fascinante el tema de la Gran Colombia que le consagró años de estudio, resumidos, en un libro objetivo y ejemplar. Pero todo cuanto escriban nativos o extranjeros queda corto ante la singularidad del caso.

La Gran Colombia fue una república fugaz: duró cinco años, y en ese lustro no tuvo sino un presidente encargado, Santander. Su inventor, Bolívar la había presentado en Cartagena, en 1812. En 1819 vino a anunciarla en Angostura. Se realizó en Cúcuta dos años después. Se derrumbó en 1826. En enero de 1827, el abrazo de Bolívar a Páez consagró la separación de Venezuela. ¿Qué fue de la Gran Colombia en un tiempo que es tan breve como el de la

primera república de Francia? El paralelo no es impertinente. Sirve para demostrar lo mismo la inmadurez de Francia para ser república, que la capacidad para serlo de todos los estados del Nuevo Mundo. En Europa, la revolución comienza con la proclamación de los derechos del hombre —que eran americanos— y concluye con el terror. La guillotina tenía que precipitar la muerte de la república y abrir camino al imperio. Entre nosotros, se saca el estado democrático de la turbia entraña colonial y en cinco años de labor paciente cuenta entre sus logros la derrota en Ayacucho del imperio español, el más grande de Europa. Los pensadores europeos verían con estupor, frente al destrozamiento de los principios republicanos en su tierra, surgir en el Nuevo Mundo repúblicas que hoy pasan de doscientos años en América Anglosajona, y de ciento cincuenta entre nosotros. Esta realización política explica el respeto y admiración tributados a Santander por las figuras más salientes de Europa. Léase el voluminoso y aleccionador estudio que Horacio Rodríguez Plata hizo del Hombre de las Leyes en el exilio. Se sabía allá más de nosotros de cuanto imaginamos, entre otras cosas porque somos tímidos para acercarnos a esta realidad que nos honra. Para los europeos todo era enseñanza sorprendente: se desnudaba el reaccionario de la Revolución Francesa, y se proyectaba hacia el futuro el triunfo universal de la república americana, de la nueva filosofía política que aquí nació. Las reflexiones del general Lafayette sobre estas materias, siendo él la figura central en la escena europea, muestran cómo eran seguidos los acontecimientos de la Gran Colombia con interés creciente. Su adhesión y la de Europa a la fórmula “Si las armas os han dado independencia, las leyes os darán libertad”, es clave para entender la estatura continental de Santander.

Lo de la Gran Colombia fue hazaña única para el mundo de entonces. La república anglosajona de América había surgido con apoyo europeo que no tuvo la nuestra. Luis XVI, equipando ejércitos franceses para Norte América, —guiados en parte por el mismo Lafayette—, jugó un papel infinitamente más decisivo que la modesta ayuda británica prestada a Bolívar con una legión, que, siendo magnífica, fue poca Legión para que la llamemos legión. Consolidada la república de Washington, pasó años sin salir de sus fronteras. Sólo lo hizo al comenzar sus expansiones. La Gran Colombia traza sus límites en el papel con los territorios de Cundinamarca, Venezuela y Quito, se afirma en Boyacá, Carabobo y Pichincha y ahí mismo sale de sus rayas para llevar la independencia a los vecinos y aún a los parientes lejanos. Hay en el mundo de

entonces tres figuras de guerreros sobresalientes: Washington, Napoleón y Bolívar. Washington consolida su propia nación y nada más. Napoleón paga en Santa Helena su ambición imperial, Bolívar deja para siempre el nombre del Libertador que le hemos dado. . . Hay un paralelo impresionante. Napoleón triunfa en Austerlitz para aplastar a austríacos y rusos, en Jena para aplastar prusianos, en Wagram para aplastar de nuevo austríacos, pasa el puente de Arcole para que su imperio se dilate hasta la puntera de la bota italiana —y a ser posible hasta los desiertos donde se alzan las pirámides del Africa— y llega a Bayona para derrocar al rey de España y poner en fuga al de Portugal. . . Bolívar triunfa en Boyacá para que sean libres los granadinos, en Carabobo para que sean libres los venezolanos, en Pichincha para que sean libres los ecuatorianos, en Junín para que sean libres los peruanos, en Ayacucho para que quede libre toda la tierra de los Incas. . . Cumpliendo este destino liberador, la tierra que midieron los ejércitos colombianos se extiende sobre un mapa mucho más vasto que el de las campañas napoleónicas, y varias veces más grande que el de las de Washington. Geográficamente, el Chimborazo reduce a colinas las alturas de los Alpes y hay selvas y desfiladeros, y Pisbas y Guáitaras que espantan al europeo. Quien mira a los Andes encuentra en los Apalaches un divertimento.

Pues bien, la Colombia que hizo tamaña guerra fue obra de dos amigos, de cinco años del diálogo epistolar más fecundo en la historia universal. El uno conducía los ejércitos a la victoria, el otro inventaba una hacienda capaz de sostenerlos. El Estado que hizo Santander se parecía a los viejos de Europa. Tenía de todo: relaciones internacionales y diálogos con el Papa, escuelas para hombres y mujeres, universidades, academias, museos, hospitales, caminos, parlamento, leyes, prensa libre, rentas y gastos, separación de poderes. . . A tal distancia quedó la nueva república de la vieja colonia, que un famoso poeta de Cartagena pudo exclamar: “Cesó la horrible noche. . .”. Los dos amigos, el venezolano y el granadino, realizaban una empresa política tan increíble que la miraban con admiración Goethe o Humboldt, Lafayette o Benthán. . . En nuestra propia América, O’Higgins escribía a Santander ya en 1820: “Séame permitido felicitar a V.E. por la gloriosa parte que ha tenido en la libertad de su patria. La posteridad que tiene palmas para todas las virtudes y lugar para todas las reputaciones, haciendo justicia al vencedor de Pore, le colocará al lado del inmortal Bolívar”. Notable juicio por lo temprano, y aleccionador por cuanto por esos días el Sur desbordaba con desinterés pareci-

do, llevando San Martín las tropas argentinas a Chile y Perú, con ese sentido tan propio entonces de aquella América nuestra de hacer las sumas no en busca de conquistas sino de liberaciones.

No murió Bolívar en Lima, como decía López de Mesa. Fue en Ayacucho. Salió de su mundo entrañable en un carro de fuego, al terminar su misión de guerrero y Libertador. En esa gran batalla, el Cid americano estuvo presente como un fantasma pavoroso. Los historiadores no han registrado cómo llegó al lugar, y ciertamente no existen los papeles documentales. Pero así fue. Lo vieron los soldados de los dos bandos, galopando en su caballo blanco, sogamoseño. Los republicanos de la tropa lo tuvieron ese día por su Gran Capitán: el Santiago de América que los alentaba con órdenes de mando que callaban como truenos el alegre concierto de las bandas militares, el ruido de la pólvora. Vieron los españoles aquel centauro absurdo y quedaron paralizados de miedo. Eran mayoría, y cedieron. Sucre y Córdova lo tuvieron a su lado dando las órdenes más locas y eficaces. Ya en la tarde, Bolívar deliraba de felicidad viendo al enemigo destrozado. Comenzaba a caer el sol. La última vez que se le vió fue perdiéndose a estampida entre una polvareda de oro, crepúsculo de cornetas y cobres de las bandas militares, de áureos alamares de uniformes. América entendió esa tarde el culto al sol de los Incas, los Mayas, los Chibchas. Seguían al que se iba, aturdidos, los batallones ya disueltos, viéndole veloz en su marcha a la eternidad. La sombra del Libertador fue creciendo hasta el infinito, mucho más allá de las fronteras grancolombianas. Como crecen las sombras, dijo el cura.

Dentro del mismo crepúsculo se hundía el sueño de la Gran Colombia. Cuando ya Bolívar era la sombra de su sombra, de regreso a Bogotá, a Caracas, aparece con una extraña Constitución en la mano huesuda. En ella consagra una presidencia vitalicia sacada de un fondo africano, francés y jacobino, —el de Haití—. Era la presidencia proclamada por los hijos del Vodú. El mejor de sus amigos quedó espantado. Habían jurado Bolívar y Santander ser fieles a la carta de Cúcuta, y ahora llegaba a desconocerla un Bolívar que deliraba con los poderes morales que, como recetas mágicas, habían servido a su magnífico amigo Petión para la liberación negra en las Antillas. Cómo podía, cómo pudo el caraqueño ofrecer las mismas recetas como sustituto a la Constitución de Cúcuta, fuente de su república soñada? La verdad está en la escena descrita de Ayacucho. La confusión fue inmensa. Pero a contramarcha de la adulación que los amigos de segunda clase tributaban al Liberta-

dor, Santander tuvo el coraje único de escribir con la franqueza habitual de su correspondencia de cinco años:

Creo que usted debe hablar con la mayor claridad en una proclama general a los colombianos de su firme decisión a sostener el sistema actual, de sus esfuerzos para que la nación, por medios pacíficos y legales, provea a las reformas del código fundamental, de la seguridad que deben tener de que en ello no se empleará fuerza alguna ni coacción de ningún género; debe también repetir su horror a la dictadura; su temor a que los pueblos deliberen en reuniones tumultuarias, y sus vehementes deseos de gobernar sólo conforme a las Leyes. Si no me equivoco, una medida como las indicadas podría restablecer la concordia nacional, la confianza de todos los patriotas y pondrían a salvo la reputación de usted.

Lo que sigue, ¿quién no lo sabe? Pero, ¿quién lo recuerda? Rodeados, cada uno de los dos creadores de Colombia, de amigos no siempre deseables, avanzó cada uno con un papel diferente entre las manos. Así hasta el día de la noche nefanda. La muerte de la república ideal estaba anunciada con los alzamientos militares que van a sucederse: Venezuela, Ecuador, Nueva Granada. Se formó un abismo de melancolías. El primero en caer fue el Libertador, y quien paró en las bóvedas de Cartagena fue el Hombre de las Leyes. Al final, desde Barranquilla, Bolívar escribe a Urdaneta: "El no arreglarnos con Santander nos ha perdido a todos". Meses más tarde, cuando un "amigo" en Europa se acerca a felicitar a Santander por la muerte de Bolívar, es rechazado con estas palabras de hielo: "Solo un malnacido puede alegrarse de la muerte del Libertador. . ." Entre estas dos frases de los viejos amigos, cuánta negrura hay en la sima!

Fueron aquellos días los de dos fracasados parricidios. Primero, Carujo, con el puñal de acero por imán, se movió en la noche de septiembre por los corredores de San Carlos buscando, para asesinarlo, al Bolívar que salvó Manuelita. Y luego, Urdaneta, tendiendo redes a Santander para complicarlo en el crimen; lo condenó al cadalso. Lo salvaron los ministros de Bolívar y el propio Libertador. La reconciliación se pospuso para la eternidad, o para el día en que al escribirse la historia de Colombia haya altura suficiente para rendir los honores de la patria a los dos hombres que la hicieron posible y diferente. La muerte tomó caminos menos tortuosos que los buscados por Carujo y Urdaneta. Bolívar se alejó por

segunda vez de la tierra a la sombra de los tamarindos de don Joaquín. Sus huesos estaban en la Catedral de Santa Marta cuando Santander regresó. Haciendo eco a la última proclama de San Pedro Alejandrino “si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”, dijo Santander:

No vuelvo a vengar agravios personales, ni a indagar quiénes han sido mis perseguidores. . . Compatriotas de todos estados y opiniones: yo es declaro nuevamente que magistrado o ciudadano, soldado o labrador, la libertad bajo un gobierno republicano continuará siendo mi ídolo, las leyes la última norma de mi conducta, y la utilidad de la mayoría, el objeto de mis investigaciones y de mis sacrificios. . . me consagraré sin reserva al restablecimiento de la paz interior y de la concordia general, bajo el reinado de la ley. Haced todos lo mismo como una ofrenda digna de la civilización y de los principios liberales que hemos proclamado. No más injurias, no más rencores por los errores y faltas pasadas.

No iba a ser esta nueva república esa esplendorosa, de fama universal, que acabamos llamando la Gran Colombia. Se volvió en cierto modo a una vida provinciana, y no había otro para iniciarla que tuviera los títulos de quien vino a convertirse en organizador de repúblicas. En un continente donde en cada capital surgía el militar goloso que se lanzaba a la cacería del poder, o lo retenía como cuartel de su propiedad, Santander, dos, tres, mil veces civil, tomó dimensiones continentales. Sus palabras las vemos grabadas no solo aquí a la entrada del palacio de justicia, sino en Washington en el palacio de la Unión Panamericana, o en las plazas o parques de Buenos Aires, de México. . . o en el vestíbulo de la escuela de derecho de la Universidad de Roma, en una enorme página de mármol, ofrecida por Colombia como homenaje a Roma cuna del derecho. En otro lugar de la capital del mundo cristiano, en los jardines de Villa Borghése, donde el bronce de Santander se levanta cerca de los monumentos consagrados a Goethe, a Byron, a Víctor Hugo. . . se leen en el pedestal estas palabras suyas, escritas en la misma Roma: “Patria es para mí cualquier rincón de la tierra donde se respete la justicia y se viva con seguridad”. La filosofía colombiana de la independencia, la que nos hace sentir diferentes, está en eso: en ponerla al servicio de la justicia y de la libertad.

Prestado el juramento el 7 de octubre, se dirigió Santander a los granadinos. Su proclama es la nueva base de nuestro contrato.

Vosotros, decía, y yo, tenemos recíprocos deberes de que no podemos prescindir sin hacernos delincuentes y arruinar nuestra patria. El mío es arreglar mis funciones a la constitución, sostenerla en todas circunstancias y hacerla observar con fidelidad, lo he prometido así al prestar el solemne juramento que la ley prescribe, y confío en que el Supremo dispensador de todo bien me dará fuerzas para cumplirlo conforme a vuestros deseos. El vuestro es vivir sometidos a la misma constitución, respetar las leyes, obedecer a las autoridades legítimas y contribuir con vuestras personas, vuestras fortunas y vuestras vidas al sostenimiento de la independencia y libertad de la Nueva Granada.

El 6 de mayo de 1840 muere Santander. El general atrevido que había llevado a Casanare los ejércitos destinados a vengar en Boyacá los cadalsos de Morillo, el revolucionario que de Cúcuta al Orinoco se movió, midiendo con sus tropas el mapa de la independencia, el hijo de la Villa del Rosario lugar elegido para el Congreso que permitió al Libertador arrancar con la guerra y llevarla hasta el remotísimo campo de Ayacucho. . . ese atrevido general Santander sólo pedía dos varas cuadradas de tierra para descansar en la capital de la república construida por su voluntad de hierro.

Paz a su tumba y gloria a su memoria inmortal.